

El contexto en el cual publicamos esta revista no es ajeno a su resultado final y muy especialmente a su significación.

El número anterior fue publicado en una situación de crisis de la educación pública por parte de un gobierno que no hizo más que intentar socavar su importancia y recortar recursos. Hoy vivimos, en parte, las consecuencias de otro ataque perpetrado en esos años: la eliminación del Ministerio de Salud. Afortunadamente, el gobierno actual ha tomado cartas en el asunto, restituyó a esa área la jerarquía que merece y estableció desde el Estado decisiones ejemplares para combatir la pandemia, dignas de admiración de la comunidad internacional y de la mayoría del pueblo argentino y, por supuesto, objeto de críticas de los representantes del neoliberalismo contemporáneo.

Sin embargo, estamos felices de poder concretar esta publicación en el marco de la pandemia de COVID-19 porque destaca la importancia de la colaboración solidaria, del aplazo del deseo individual en pos del colectivo, de la realización comunitaria mediante la conciencia social. En este contexto, contar con el número 6 de la revista *Clang* es el resultado de la decisión de continuar desde la extraordinaria situación del confinamiento social preventivo y obligatorio reflexionando sobre la práctica musical, la que también nos sostiene en tiempos tan complejos, a la que se acerca la sociedad cuando busca interesada respuestas para continuar.

A fines del año pasado, 2019, en virtud de un diagnóstico acerca de los canales de mayor circulación de la revista *Clang*, y con el objeto de redireccionar los esfuerzos para profundizar su divulgación, se decidió que las publicaciones tuvieran exclusivamente el formato digital. Jamás hubiésemos imaginado que esta sería una necesidad, una modalidad compulsiva frente a un hecho casi único en la historia de la humanidad contemporánea. Los últimos pasos en la edición de este número han sido exclusivamente virtuales, a distancia, mediados por la tecnología que favorece la conectividad, pero que también la moldea, la caracteriza. En ese sentido, a nuestro texto editorial le resulta difícil escapar a esa impronta.

El objeto de estudio que aborda el artículo de Lucía Troitíño y Gastón Chatelet, «La composición colectiva de una canción», era al momento de ser escrito una excepción, un camino alternativo para hacer la música: la de la mediación en el proceso creativo de tecnologías habituales en el proceso de posproducción. Actualmente es casi la única forma de hacer música: de manera diferida, colaborativa, a la distancia, entre músicxs, profesionales o no, que comparten la situación global pero que sus realidades pueden ser muy diferentes.

Las fuentes estudiadas por Román Eduardo Mayorá como una elección estética en «Bajas tecnologías. Prácticas culturales y producción musical», se transformaron hoy en una necesidad, por supuesto, adaptando los conceptos a una resolución sonora deficiente por falta de recursos más actualizados. La apelación a una estética de lo pobre, de la carencia como rasgo constitutivo de las formas de producción en Latinoamérica, era una de las propuestas que compositores comprometidos con las causas de liberación cultural, como Eduardo Bértola, proponían en la década del setenta. Algo de aquella pobreza pareciera evocar los usos de tecnologías *lo-fi* para nuevas narrativas locales a nivel musical. Cámaras web en desuso, celulares de pésima resolución de audio, teclados arrumbados por arcaicos y micrófonos obsoletos puestos nuevamente en funcionamiento son una constante en estos días. La pregunta es si pudieran, cuando pase la pandemia, convertirse en recursos estéticos como aquellas bajas tecnologías.

Joaquín Blas Pérez y Daniel Machuca Téllez, en «Canción, oralidad y corporeidad. El análisis de la canción como performance», señalan la importancia del cuerpo como construcción de significado. Cuerpos que hoy se presentan como *imposibles* de ser juntados, vinculados, pero que sin embargo imponen su impronta, su deseo de interacción. Esa multidimensionalidad de la canción, que señala Santiago Romé en el número anterior de *Clang*, ¿debiera incluir la virtualidad que ahora recorremos?

Afortunadamente, no todas las temáticas de este nuevo número nos reencuentran con la cotidianeidad. El trabajo de Julieta Dávila, Guido Dal Ponte y Lautaro Casa propone una revisión de los alcances que la musicología histórica ha tenido en el estudio de una música cuyo carácter realizativo no difiere del resultado de dicha práctica. En ese caso, se estudia al huayno y su posible comprensión mediante el criterio, aportado por Hans-Georg Gadamer, del juego en tanto hacer colectivo y estructurante de la práctica musical propia a la región andina. Pablo Palacios Torres aporta el estudio de la cantata popular que en el contexto de la Nueva Canción Chilena proliferó durante la década del setenta con notable circulación. En el estudio en profundidad que desarrolla a partir del caso de la obra «Revolución», de Gustavo Becerra, se plantean las relaciones con la tradición compositiva, es decir, con el canon, así como con la innovación en el contexto de la música política. Por su parte, Luis Menacho, en su ensayo «Ficciones verdaderas. Intersecciones entre arte e historia», propone una mirada que, en sus palabras, «interpela a la Historia de la música tradicional».

Las secciones de reseñas incluyen libros y discos con edición reciente. Los aportes de dichas reseñas buscan acercar a lxs lectorxs a las propuestas que autorxs, invitando a su escucha y a su lectura, a la vez que compartiendo los paisajes de los trayectos propuestos en dichas obras.

La resignificación de muchos de los asuntos musicales planteados en las secciones de este número de *Clang* fue construida por las nuevas formas de colaboración, de trabajo, de construcción y de creación que la pandemia nos obliga. Sin embargo, como sucede habitualmente con los cambios impensados, la innovación es también capacidad de adecuación, de flexibilidad para dejar que se manifiesten los ecos y las nuevas resonancias. En esa envolvente sonora esperamos que *Clang* N.º 6 nos acompañe y nos incentive a continuar pensando y haciendo música.

Alejandro Polemann
María Paula Cannova